



Revista de orientación católica

Seminario Interdiocesano Caracas.
Apartado 413

Año 3 — Número 30 — Tomo 3 — Diciembre de 1940

Símbolo de una civilización decadente

Con espontánea energía y con una sinceridad, que a veces se ha tachado de cruda, hemos flagelado desde estas mismas columnas las aberraciones ideológicas y los procedimientos salvajes del racismo alemán, del comunismo ruso y las múltiples manifestaciones del totalitarismo estatal.

Nadie, por lo tanto, podrá atribuir con justicia y sinceridad a vicioso partidismo por alguna de las naciones, complicadas en el trágico conflicto europeo, la acusación que vamos a lanzar contra ciertas democracias liberales.

Previa esta salvedad, que juzgamos necesaria en momentos de tan exarcebadas filias y fobias políticas, pasamos a comentar un suceso que no podemos menos de calificar de "caricatura grotesca de una civilización decadente".

Lo recogemos de labios de un testigo ocular, que llega de visitar el Canadá, ajeno a partidismos bélicos y acreedor a toda nuestra confianza.

En el puerto de Halifax ancló recientemente un buque inglés, cargado de perros, que distinguidas familias inglesas quieren preservar de los bombardeos aéreos alemanes.

El hecho, de una apariencia cómica y grotesca, entraña una significación moral de gravedad extraordinaria.

EDITORIAL

El mismo informador nos recuerda la íntima irritación que el insultante suceso ha provocado en los sectores más sanos de la población canadiense. "La guerra europea, nos dice, ha suscitado una encarnizada batalla informativa de radios y cables. Inglaterra, que, gracias a la amistad de los Estados Unidos, controla un inmenso campo de agencias informativas, ha impedido que el mundo se formara un justo concepto del estado de sus dominios y colonias. Mi visita al Canadá me lleva a la conclusión de que estamos tan mal informados de los dominios ingleses, como de las naciones subyugadas por las tropas de Hitler. Se habló largamente en la prensa de masas de voluntarios canadienses que partían a defender la Gran Bretaña. En realidad, estos voluntarios sólo se habían ofrecido, en tal carácter, para defender el nativo suelo americano, y fueron violentamente embarcados —no sin protestas ahogadas en sangre— para defender la Europa en llamas. La población del Canadá sufre en la actualidad un régimen áspero y dictatorial y soporta con visible descontento las onerosísimas contribuciones que reclama la metrópoli".

Tales son las noticias de nuestro informador, testigo presencial. Pero el Canadá tiene con qué consolarse. Para alivio de duelos y quebrantos, Inglaterra confía a sus cuidados un buque cargado de perros...

Londres es presa de una angustia histérica y nerviosa; suenan los cañones anti-aéreos y las sirenas de alarma; Coventry arde en llamas; Dover, Southampton, Birmingham... son víctima de pavorosos bombardeos; ancianos y enfermos, mujeres y niños viven en la inmundicia y la promiscuidad de los refugios antiaéreos...

Nada importa. La burguesía inglesa ha salvado sus perros en las dehesas del Canadá.

Faltaban los hijos en Inglaterra, como faltaron en Francia; pero Inglaterra, con el inmenso poder de su armada, ha logrado la forzada colaboración de los hijos de sus dominios y colonias. Faltaban los hijos en Inglaterra, donde las estadísticas acusaban un descenso de natalidad, tan grave como el de Francia y Bélgica: 2,0 hijos por cada familia. Faltaron los hijos; pero sobraron mujeres histéricas y plutócratas degenerados que habían puesto su corazón en los perros.

Dos milenios de historia han venido señalando como un índice de la degeneración del Imperio romano el hecho de que el Emperador Calígula nombrara cónsul e hiciera por fin adorar a su caballo. Pero el suceso podría explicarse en último término como degeneración patológica de un individuo, encumbrado en el poder.

El hecho de fletar un buque de perros de Inglaterra al Canadá es índice de una degeneración colectiva: la caricatura de una civilización suicida.

Pero ¿podemos con justicia limitar esta acusación al pueblo inglés? ¿No delata más bien una degeneración, un pecado contra naturaleza, que ha echado hondas raíces, tan hondas como en Inglaterra, en todos los estados del mundo, que se precian de una refinada civilización? ¿No es ello consecuencia lógica de un siglo de liberalismo, de laicismo, de materialismo histórico, de individualismo egoísta?

¿Cuál será la suerte de Europa y del mundo después de la guerra, que se califica como duelo a muerte entre los estados totalitarios y las democracias liberales? Dios nos libre del inhumano materialismo del comunismo ateo; Dios nos libre de la degeneración bestial del racismo alemán. Pero librenos también el Todopoderoso del egoísmo suicida de las democracias liberales, donde hombres y mujeres, en una ansia desnaturalizada y suicida de placer, aniquilan en germen innumerables seres, destinados a la vida y esperanza de la sociedad.

Canadá ha visto llegar a sus puertos un buque inglés cargado de perros, a quienes hay que proteger de los estragos de la guerra.

El hecho es la caricatura grotesca de una civilización que se desmorona.